en honor del héroe del 2 de Mayo de 1812, en que se perpetúen sus glorias y su fama; en donde el pueblo mexicano sepa que allí están, ya no olvidados, sino resguardados los restos de su caudillo inmortal.

¿Lo haremos? Aún es tiempo de salvar de la destrucción completa los venerables huesos de nuestros insurgentes.

---



# CAPÍTULO VII.

## EL MUSEO PICTÓRICO DEL PRADO.

ESPAÑA es una nación muy poco conocida. La prueba de ello es que contadísimos son quienes nos dan cuenta cabal de las curiosidades maravillosas que encierra, y de su importancia histórica y artística.

Los que de América, digo de México, van á Europa, conténtanse á menudo con hablarnos de ese Paris que tanto atrae, y ¡cuántas veces se quedan tales viajeros sin penetrar al fondo de las positivas bellezas de la gran ciudad del Sena!

España, no porque hoy se halle decadente y abatida, ha dejado de cubrirse en días felices con el ropaje brillante de la gloria. España tuvo sus siglos de auge, su edad dorada, como pudo haberla tenido Grecia con Pericles ó el Imperio Romano en los años floridos del augusto Octavio.

Del suelo español han surgido en épocas distintas, como surgen á diario los rayos de la aurora vigorosos y dulces, genios que tuvieron su zenit y en el cual ataviáronse con los resplandores del sol de la inmortalidad.

Cuando en las naciones de Europa verificábase esa evolución inconsciente de la cual brotó lo que se llamó el *Renacimiento*, España, en la época á que voy á contraerme, prestaba, como todos los países, su contingente poderoso.

Esa época era la de las transformaciones gigantescas: ella

levantaba una barrera entre la edad naciente y la de los castillos feudales: decaía el género gótico y las catedrales ojivales quedaban nada más como muestra de uno de tantos y tan variados caprichos del arte arquitectónico.

Los siglos XV y XVI fueron, especialmente el último, los siglos de la evolución. Bramante trazaba los planos de la colosal Basílica de San Pedro y pensaba el modo de dar cima á su maravillosa cúpula. Reemplazábale Miguel Angel y llenaba de borrones la bóveda de la capilla Sixtina, y de cada manchón hacía salir una figura de musculación hercúlea, formidable, titánica, como su autor, y como el pincel del cual surgiera el gran *Juicio Final*, terrible, poderosa y sublime. Rafael Sanzio colocaba en su paleta los colores apacibles, como el alma del pintor, y que tan sólo producirían dulzura, delicadeza y sentimiento; y vaciaba en su *Transfiguración*, y en sus vírgenes, y en las *logias* del Vaticano, todo su espíritu y sus encantos todos; como el Correggio al par hacía con sus vírgenes, y su Santa Familia y sus concepciones prodigiosas. Ya Leonardo de Vinci acababa de sentar su fama inmortal en las figuras de su famosa *Cena*, llena de corrección y de limpieza en el dibujo, como caracteres esenciales; además de su inimitable y alabado claroscuro. Y el Tiziano, y Tintoretto después, y un centenar de artistas más, dejaban por doquiera regueros de luz, inundando el mundo con sus tablas y sus lienzos: las escuelas se creaban, y atraían numeroso concurso de prosélitos, y el arte llegaba al lugar más encumbrado de poder y de grandeza.

Las figuras representadas sobre una superficie plana, no eran ya aquellas á las cuales faltaban movimiento y vida, sin perspectiva que las separara, y que habían menester de previa explicación para comprenderse, como las pinturas primitivas de mosaicos y de miniaturas y de frescos pálidos: eran ya figuras que se destacaban unas de otras y que aparecían hermosas. El Giotto había operado este cambio repentino desde fines del siglo XIII y principios del XIV en que vivió,



preparando así el renacimiento y el apogeo del arte pictórico. Bajo la protección de este notable impulso, la pintura comenzó á vigorizarse mediante los genios que en Italia esencialmente se formaban; por lo cual á aquel siglo décimosexto tan fecundo, con justicia se le llama el siglo de los italianos. La evolución extendíase por todos lados y en todas direcciones, como las raíces de una planta, y fecundizábase con la savia bendita de la inteligencia. A la sazón, el teatro, las letras, las ciencias, todo adquiría vida en este período de los siglos XV, en sus postrimerías, XVI en su curso todo y XVII en sus comienzos venturosos. Las musas parecían establecer como sucursales del Parnaso en Inglaterra y en Alemania, en Francia y en Italia, en España y en Portugal mismo. De esos templos de las hijas de Júpiter salía Shakespeare, sobre el tablado de los teatros ingleses, dando á la escena su *Otello*, el *Rey Lear*, el *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. Erasmo, algo anterior al dramaturgo inglés, pero de este período á que hago referencia, era el holandés más sabio de los de su patria. Camoëns se conquistaba las palmas de la gloria con sus *Luisiadas;* Juan Goujon, en Francia, imitaba las esculturas griegas, y legaba como prendas de su ingenio las cariátides del Louvre; y, en llegando á España, hervía en inteligencias, como las mismas naciones precitadas: Cervantes, el ingenio sin segundo, el modelo de galanura y elegancia en el idioma, daba su paternidad al celebrado y universalmente conocido *Don Quijote;* Lope de Vega, como Shakespeare, daba al teatro las bellezas de su numen; Ercilla tañía la lira, y de sus dulces ecos íbase elaborando *La Araucana;* y los pinceles hacían prodigios en los lienzos con Navarrete, Pantoja, Rivera, Zurbarán, Velázquez y Alonso Cano. Murillo, el gran pintor sevillano, cerraba en el siglo XVII, con su venida al mundo, todo ese cortejo luminoso é inmortal de genios y lumbreras, que paseaban las glorias artísticas de España por ambos hemisferios.

¡Qué siglos de titanes! ¡Qué evolución grandiosa, cuyas colosales huellas han quedado en todo el mundo perdurables!

La historia del Arte en esta época es, si se quiere, abrumadora: los grandes maestros forman escuelas; sus discípulos, unos imitan á los maestros, y otros crean á su vez nuevos estilos; y el arte se ramifica, por decirlo así, se ensancha, se multiplica con prodigio, y aun muchas de sus ramas, procedentes del propio tronco, suelen confundirse: de aquí que el génesis y desarrollo y vida y progreso ó decadencia de la pintura, requiera tan prolijos y detenidos estudios, que pueden hacerse con paciencia y con holgura en los museos de Europa.

El de Pinturas del Prado de Madrid, uno de los mejores y más notables del mundo, por la cantidad de originales que encierra, me recordó las varias veces que en él estuve, toda la historia del Renacimiento, y de bulto se me presentaron á mis ojos las reproducciones pictóricas de los autores más renombrados de esos siglos de evolución.

No voy, por supuesto, á describir el Museo del Prado, porque ni sería yo tan atrevido ni mucho menos me sería posible hacerlo ni en un libro. Así, á grandes rasgos, como un boceto nada más de lo que es aquel templo que atesora tantas reliquias de la pintura clásica, trazaré líneas generales y comunicaré algunos datos.

El Museo es de creación modernísima: el edificio que mandó construir el Rey Carlos III, está situado en el paseo llamado Salón del Prado: después de la guerra franco-hispánica de 1808, Fernando VII restauró el edificio inaugurándolo en 1819 como Real Museo de Pintura y Escultura. La planta figura un vasto paralelógramo lleno de salas, salones, galerías y rotondas colmados de valiosos cuadros, que decoraron antes los Palacios de la Corona y sitios reales de España, en su mayor parte.

Siguiéndose una clasificación sistemática y razonada, las galerías del Museo se dividen por escuelas, y éstas por autores. De dichas escuelas, contamos á la Italiana, Española, Alemana, Flamenca y Holandesa, estas tres últimas comprendidas bajo la denominación de Escuelas germánicas, y finalmente, la Escuela francesa. En una sala especial se encuentran los célebres tapices de Goya, y en otra el departamento de dibujos.



Imposible que intentara yo hablar de los cuadros que llenan las paredes de las extensas galerías: entre originales firmados, anónimos, dudosos y copias, el Museo cuenta cerca de tres mil ejemplares de las escuelas mencionadas, y una buena parte debida á los grandes maestros, como he dicho antes.

Recorriendo las salas durante varios días, puede uno hacerse cargo de las obras, estudiar sucintamente el estilo peculiar de cada autor, y grabar en la memoria detalles que rara vez se olvidan: la composición, el colorido, las formas, el vigor ó la delicadeza, que son tan característicos de cada una de las grandes escuelas.

Si he de proceder con algún método para dar una ojeada rápida á las galerías, diré, comenzando por la escuela Italiana, que el Museo del Prado tiene originales: una bella tabla de la Asunción, debida á Fra Angélico, artista florentino distinguido (1387-1455); del Correggio pude ver cuatro lienzos, todos con asuntos místicos; del Dominiquino un San Jerónimo admirable; del napolitano Luca Giordano, que señaló la decadencia del arte, hay más de cuarenta producciones, siendo los asuntos retratos, alegorías, batallas é imágenes de santos.

Del Greco, á quien en el Hospital de San Juan de Dios, de Toledo, nos le hallaremos, hay también muchos y buenos cuadros de su escuela veneciana; de Guido Reni, boloñés en su estilo, míranse bustos, estudios de cabezas y santos; de Salvator Rosa, el pintor y poeta naturalista, pude contemplar una hermosa marina: es el Golfo de Salerno, animado con figuras que aparecen bañándose en la playa arenosa. Rafael Sanzio se nos presenta luego, con toda la idealidad que antes de conocer sus producciones yo había soñado: de este príncipe de

la pintura conserva el Museo la Sacra Familia, retratos, vírgenes y asuntos místicos, en buen número y todo escogido; del gran pintor naturalista veneciano Tintoretto, hay más de treinta originales con asuntos místicos, retratos, batallas y alegorías; del Tiziano, autor también veneciano, que marca el apogeo del bello colorido, en alto grado floreciente en su época (1477-1576), pueden admirarse más de cuarenta cuadros primorosos, encantadores todos; y de Pablo el Veronés como unos veinte. Otros muchos pudiéranse citar de la escuela Italiana, que tanto floreció en sus diversas ramas florentina, umbría, veneciana, lombarda, boloñesa y napolitana, y por no cansar más al lector, rápidamente veremos la escuela brillantísima Española.

Culminan en ésta, como de primera magnitud, Rivera, con más de sesenta originales; Pantoja con retratos esencialmente; de Zurbarán, del cual en nuestra Escuela de Bellas Artes de México poseemos un original, descuellan una docena de preciosos lienzos; lo mismo de Alonso Cano, de Juan de Juanes y de otros notabilísimos. Y ¿qué podré decir de Velázquez y de Murillo, representantes natos, en esta grande exposición, de la más pura escuela sevillana? Velázquez tiene aquí una de sus más famosas obras de arte: el *Cristo* inimitable, reproducido á millares en fotografías y en cromos y en grabados: ese Cristo fué obsequiado, como es bien sabido, para este Museo, por el Duque de San Fernando en 1829. Además, cuéntanse del inmortal autor de tan soberbia imagen, más de sesenta lienzos.

De Murillo puede decirse otro tanto, en cuanto al número de originales. La creación que se ha considerado como la obra maestra del pintor sevillano, la inmaculada Concepción, la posee el Museo del Louvre, que la adquirió por compra en 1858, en la friolera de 615,000 francos.

Representan á las escuelas germánicas en el Museo del Prado, el flamenco Van Æyck, discípulo de Rubens; Brueghel de Velours, del cual existen aquí más de cincuenta cuadros de diversos asuntos, bailes, bodas, alegorías y figuras de santos; Alberto Durero, insigne pintor, excelente grabador y célebre ingeniero alemán; Van Dyck, floreciente en la escuela flamenca en el más alto grado de belleza, admirándose de él multitud de cuadros con retratos, estudios diversos y santos, también, como hicieron todos los pintores de esa época; Rembrandt, el príncipe de la escuela holandesa, cuyo colorido es tan característico y tan poderoso; Rubens, de la escuela flamenca en su apogeo. Es increible tanto como pintó este artista extraordinario: asombra el número de sus cuadros, repartidos en casi todos los museos de Europa: he visto originales de Rubens, cerca de setenta solamente en este Museo, y en una inmensa galería en el Louvre, consagrada á las obras de aquel célebre artista; los dos Teniers, Abraham y David, hermanos nacidos ambos en Amberes en el siglo XVI: el primero fué imitador del segundo; de este último hay en el Prado una colección abundante de originales, mucho más de cincuenta.



La escuela francesa no descuella como las ya citadas, y no tuve ocasión de detenerme en su examen.

Respecto de la sala de los tapices de Goya, con toda imparcialidad digo que no tiene lucimiento: se ve falta de vida á causa de la mala colocación de los cuadros y de los raquíticos marcos que poseen. Sin embargo, los cuarenta y seis originales son dignos bajo todos conceptos de la mayor atención. Don Francisco Goya y Lucientes, nativo de la provincia de Aragón, vino al mundo en 1746 y murió en Francia en 1828: considérasele como el restaurador de la escuela naturalista española, y lo que en sus obras llama ante todo la atención, es un colorido tan especial, un tanto pálido, característico, peculiar, que nadie ha podido imitar. Todos los cuadros tienen la misma entonación y los temas de ellos son generalmente escenas rústicas, juegos de muchachos y otros asuntos por el estilo.

Queda, pues, demostrada, por lo que brevemente he ex-

puesto, la importancia de este notabilísimo Museo, uno de los mejores del mundo, vuelvo á repetir.

Allí puede verse cuanto el hombre ha realizado en el divino arte de la pintura, consiguiendo transportar al lienzo la naturaleza entera, con sus valles, con sus mares, con sus cielos caprichosos, con su belleza y sus encantos. La pintura es, como ha dicho eminente crítico, "un lenguaje mudo" que todo lo descubre por medio de la mágica expresión de los colores.

De aquella época de gloria á la fecha, el arte ha decaído de una manera asombrosa: la escuela francesa, si escuela puede llamársele, es la que ahora parece prevalecer sobre todas sus hermanas; empero, nunca como aquellas que dieron vida y frescura á sus figuras y poder sublime á los lienzos.

Poco es lo que en México podemos hacer por el arte de Rafael. Sin embargo, no faltan maestros que inicien un renacimiento en nuestra pintura, y si algo pudiésemos lograr acerca de esto, sería para la gloria y el bien de nuestra México.

---



# CAPÍTULO VIII.

## EL ESCORIAL.

No hay persona que viaje por España, y sobre todo cuando se encuentra en la Corte de aquella nación interesante, que deje de visitar el grandioso monumento considerado como una maravilla, tanto por el arte, que ha desplegado allí todo su ingenio y su poder, cuanto por lo que el soberbio monasterio encierra.

Tumba colosal de reyes, nido de recuerdos y de sensaciones sin cuento, en el que parece flotar por todas partes la sombra majestuosa de su regio fundador, muéstrase ante los ojos absortos del viajero, por cualquier parte que se le mire, imponente, solemne y grande.

Sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra le dan el aspecto de inmenso túmulo, de raro y gigantesco mausoleo.

Fué uno de los monumentos que primero visité en España, tanto por el interés que presenta, como por ser de los más cercanos á Madrid.

Dista unas tres horas de la capital. Salimos por el ferrocarril de Ávila, en un día triste y nebuloso de Diciembre. La estación se encuentra como á media hora escasa del monasterio y hay carruajes destinados á conducir á los viajeros hasta él.